

EN TORNO AL OBJETO Y CARACTER DE LA CIENCIA HISTORICA *

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Hace ya años, el historiador francés H. I. MARROU, revolviéndose contra lo que consideraba «mentalidad de insecto especializado» de muchos de sus colegas, escribió:

«Parafraseando la máxima platónica, pondremos en el frontis de nuestros propileos esta inscripción: «Que nadie entre aquí si no es filósofo», si no ha meditado primeramente en la naturaleza de la historia y en la condición del historiador: la salud de una disciplina científica exige, de parte de quien la cultive, cierta inquietud metodológica, la preocupación por adquirir conciencia del mecanismo de su funcionamiento, cierto esfuerzo reflexivo sobre los problemas que éste implica»¹.

Hoy más que nunca, percibimos los historiadores la necesidad de esa reflexión sobre nuestra disciplina. Si queremos entender el sentido, los objetivos y los límites de nuestra tarea, no hay más remedio que vencer la fácil tentación de despreocuparse de lo que a veces despreciativamente llamamos «teoría» y tratar de buscar

* Este texto, cuya primera redacción corresponde al año 1978, fue presentado, en su versión definitiva, como comunicación a las XX Reuniones Filosóficas que bajo el título general de «Filosofía de la Historia y Filosofía Política», se celebraron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra los días 7 a 9 de marzo de 1983.

1. *El conocimiento histórico*, Barcelona 1968, p. 12.

un camino entre los múltiples que parece recorrer la historiografía hoy.

Es notoria la indefinición que reina hoy en torno al estatuto epistemológico de nuestra disciplina. Quizá nunca han sido tan distintas las formulaciones que los teóricos o los profesionales de la historia hacen de su objeto y del método que debe seguirse para llegar a él.

Hoy todo el pasado, en todos sus sectores, en todos sus ámbitos, en todos sus aspectos, es objeto de la historia. Las fronteras entre nuestra disciplina y las demás ciencias cada vez están más difuminadas. Es difícil encontrar criterios a la hora de seleccionar los temas de investigación. Y los temas son tan distintos que la labor crítica que la sociedad que formamos los historiadores debe realizar con sus propios miembros se resiente; todo tiene algún valor, todo es publicable, aquél ha encontrado una nueva fuente, éste utiliza por primera vez una técnica tomada prestada de una ciencia vecina.

En cuanto a la síntesis, se hace en tales circunstancias tan difícil, tan inasequible para un hombre solo, que hasta se abandona el objetivo de dar cursos generales y se opta por explicar algunos temas, los que uno conoce un poquito mejor...².

Algunos observadores de la más reciente evolución de la historiografía han llamado la atención sobre la situación en verdad paradójica y difícil que ofrece nuestra ciencia.

Paradójica, porque simultáneamente —como puso de manifiesto JACK HEXTER hace ya algunos años³— puede afirmarse que es

2. En los últimos años están siendo muchas las manifestaciones de que los problemas de la síntesis histórica están pasando al primer plano de las preocupaciones historiográficas. Véanse, entre otros, B. BILLYN, «The Challenge of Modern Historiography», *American Historical Review*, 87 (1982), 1-24 (el «presidential address» en la reunión de 1981 de la American Historical Association) y T. K. RABB, «Toward the Future. Coherence, Synthesis and Quality in History», *The Journal of Interdisciplinary History*, XII (1981), 315-332 (el artículo conclusivo de un número monográfico dedicado a la Historia en los años 80). Para la repercusión de la nueva situación sobre la enseñanza puede verse, entre tantos otros, el reciente artículo de R. H. T. DAVIS, «The Content of History», en *History*, 66 (1981), 361-374.

3. Cfr. J. H. HEXTER, *Doing History*, Londres 1971, pp. 139-141.

en los últimos decenios cuando se han publicado los mejores ejemplos de literatura histórica y, al mismo tiempo, que nunca como hoy ha abundado tanto la pedantería, la trivialidad o simplemente la falta de rigor en los estudios históricos; paradójica, también, porque —como ha escrito S. GRAUBARD⁴— es una realidad que mientras los historiadores más afinan su método y sus técnicas, confiados en el valor científico de su tarea, el público cada vez concede menos importancia a los resultados de sus investigaciones, que apenas salen fuera del círculo de los historiadores profesionales.

Y además de paradójica, difícil, porque nuestras diferencias en torno al objeto y método de la Historia son tan hondas que hasta puede dudarse de que la unidad de nuestra disciplina se mantenga. A ello se refería GEORGE NADEL, editor de una revista —*History and Theory*— especialmente dedicada a las cuestiones de método:

«La apertura de nuevas líneas y el desarrollo de nuevas técnicas de investigación histórica (muchas de ellas tomadas de las ciencias sociales) han llegado tan lejos que puede dudarse de si la noción de «historia» como una disciplina tiene todavía algún sentido, tal es la variedad de los significados que se le atribuyen»⁵.

Las posturas parecen hoy polarizarse en torno a una cuestión: la que se refiere a lo que denominábamos antes estatuto epistemológico de la Historia. Como desde hace ya más de cien años, pero con renovado empeño y con un sesgo diferente, se discute si la Historia es o no una ciencia; o, para ser más exactos, si es una ciencia al modo de las ciencias naturales o sociales, una ciencia

4. Cfr. su prefacio a F. GILBERT - S. R. GRAUBARD, eds., *Historical Studies Today*, Nueva York 1971.

5. G. NADEL, citado por C. VANN WOODWARD, «History and the Third Culture», *Journal of Contemporary History*, 3,2 (abril, 1968), p. 24. Precisamente es en los Estados Unidos donde la ruptura institucional de la unidad de nuestra disciplina parece haber llegado más lejos. Ya en los últimos años 60, cuando la Administración U.S.A. inició una encuesta sobre el estado, las necesidades y las perspectivas de futuro de las distintas disciplinas científicas, las diferencias entre los historiadores «humanistas» y quienes se consideraban «social scientists» se hicieron tan agudas que no fue posible presentar un único informe. Recientemente, y al margen de la antigua y poderosa «American Historical Association», se ha constituido la «Social Science History Association»: pueden verse sus estatutos en *Social Science History*, 6 (invierno 1982), 3-8.

que se proponga establecer leyes o —como se dice ahora, con menos pretensiones— «enunciados generales de contenido suficientemente específico como para que la analogía y la predicción sean posibles». Porque, que la disciplina llamada Historia es, al menos, una rama del saber académicamente organizada, eso nadie lo pone en duda. Cuando se pregunta hoy si la Historia es o no una ciencia, se pregunta si hay una diferencia esencial entre el modo de conocer propio de nuestra disciplina y el de las llamadas ciencias sociales (economía, sociología, psicología social, etc.), que, a su vez, en los pocos siglos —en algún caso, decenios— que tienen de vida, se han mirado siempre en el espejo paradigmático de las ciencias naturales.

Si se quiere hacer un poco de luz en tan compleja situación, la primera cuestión que hay que responder es la que se pregunta por el objeto de la ciencia histórica. Porque, como ha recordado insistentemente RAYMOND ARON⁶, el modo de conocer de una ciencia (utilizamos ahora el término en su sentido más amplio) depende del modo de ser del objeto que dicha ciencia se propone conocer; lo que equivale a volver a la clásica convicción de que es el método el que depende del objeto, y no al revés.

Una ciencia se constituye por su objeto. Verdad elemental, pero que ilumina una realidad a primera vista difícil de entender: y es la de por qué la Historia, como ciencia independiente, no surge hasta los primeros decenios del siglo XIX. Hasta entonces se había escrito mucha historia, sí, pero con una finalidad esencialmente pragmática, que generalmente tenía que ver con la educación cívica y moral del príncipe o del ciudadano⁷. Tradicionalmente se ha visto en RANKE al padre de la historia científica. Pues

6. Véase, por ejemplo, su contribución al coloquio de Venecia editado por J. DUMOULIN y D. MOISI, *The historian between the ethnologist and the futurologist*, París-La Haya 1971.

7. Como es sabido, en los últimos años ha crecido de manera casi espectacular en todo el mundo el interés por los estudios de historia de la historiografía; cosa natural, en momentos de crisis de nuestra disciplina. Aunque son más las monografías renovadoras que las síntesis, merece la pena citar algunas obras de conjunto como las de D. HAY, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eighth to the Eighteenth Centuries*, Londres 1977, y Ch. O. CARBONELL, *L'historiographie*, París 1981.

bien, si es así, no es, como ha solido pensarse, porque RANKE inventase o aplicase por primera vez al pasado un método y unas técnicas verdaderamente científicas; las reglas de la crítica documental las desarrollaron más que nadie los oscuros frailes bolandistas y mauristas del siglo XVII. RANKE hace de la Historia una ciencia al asignarle un objeto de estudio propio. En el marco de la reacción del pensamiento alemán frente al naturalismo enciclopedista difundido desde Francia, RANKE vio en la Historia de la ciencia a través de la cual y sólo a través de la cual podía entenderse al hombre. Adoptando una postura que teorizarán después DILTHEY y toda la llamada filosofía alemana de la Historia, y que resumiría en una fórmula feliz nuestro ORTEGA, RANKE pensaba que «el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene (...) historia. O, lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia (...) al hombre»⁸. El corolario no podía ser más evidente: era la Historia, no la Filosofía, la verdadera ciencia del hombre.

Sorprenderá quizás a algunos esta presentación del pensamiento histórico de RANKE, del que suele pensarse que no tenía otro objetivo que el de exponer a través del análisis crítico de los documentos la vida pasada tal como fue («Wie es eigentlich gewesen», según la fórmula tantas veces recordada). Pero GEORG IGGERS⁹ lo ha mostrado con nitidez: si tal objetivo importaba a RANKE, era precisamente por las posiciones historicistas¹⁰ que latían debajo de él: exponer científicamente la vida pasada tal como fue era entender al hombre, y todas las creaciones del hombre, del único modo en que pueden ser entendidos¹¹.

8. J. ORTEGA Y GASSET, *Historia como Sistema*, 2.ª ed., Madrid 1942, p. 63.

9. Cfr. G. G. IGGERS, *The German Conception of History*, Middletown, Conn., 1968. Una breve y muy acertada exposición del núcleo del pensamiento historiográfico de Ranke, en L. KRIEGER, «Elements of Early Historicism. Experience, Theory and History in Ranke», *History and Theory*, XIV (1975), n.º 4 (Beiheft 14), 1-14.

10. Es bien sabido que el término «historicismo» (empleado por primera vez en 1879 por K. Werner en un estudio sobre Vico) se ha utilizado en sentidos muy diversos y hasta opuestos entre sí: véanse las consideraciones de D. E. LEE - H. N. BECK, «The Meaning of 'Historicism'», *American Historical Review*, 59 (1953-1954), 568-577; y G. G. IGGERS, *op. cit.*, 287-290.

11. En el pensamiento del joven Ranke y de los demás fundadores de la

Junto a la historicista, otras dos perspectivas filosóficas influyeron en la evolución de nuestra disciplina durante el XIX: el positivismo y el marxismo. Las dos consideraban a la historia como ciencia, pero, a diferencia del historicismo rankiano, la asimilaban a las ciencias naturales, respecto a las cuales la historia no mantendría diferencias esenciales. Ambas escuelas coincidían en afirmar que la conducta del hombre se podía llegar a conocer con la misma precisión que los hechos físicos y que, una vez descubiertas las leyes del comportamiento colectivo (sociología, en COMTE; materialismo histórico, en MARX), podría reformarse la sociedad hasta llegar a un estado de felicidad perfecta.

Quizá fueron los excesos de los primeros intentos (los de BUCKLE, TAINE o LAMPRECHT) de escribir la historia desde tales posiciones los que llevaron a muchos historiadores, durante el medio siglo que va de 1875 a 1925, a abandonar tales esfuerzos y a buscar el carácter científico de la historia en su método de establecer los hechos objetivamente, al margen de cualquier tipo de consideraciones teórica o filosófica. Aunque difiriese en sus acentos políticos o nacionales, esta historia que denominamos vulgarmente «positivista» (y que, en definitiva, rechazaba las aspiraciones básicas del positivismo comtiano) se identificaba con la practicada por la mayor parte de los herederos de la tradición rankiana, que no siguieron al maestro en las preocupaciones teóricas sino en su praxis: una historia política, narrativa, basada en el análisis crítico de los documentos.

Buena parte de la historiografía de nuestro siglo —y, de modo muy especial, la escuela de *Annales*— se ha caracterizado por un

escuela histórica alemana se advierte una consciente contraposición entre su propia tarea y la de Hegel y sus discípulos. IGGERS (*op. cit.*, pp. 65 y siguientes) explica muy bien cómo en los años veinte se formaron en la Universidad de Berlín dos campos rivales, uno centrado en torno a Hegel, el otro formado por Savigny, Eichhorn, Niebuhr, Bopp y Ranke entre otros. «Niebuhr, Savigny y Ranke estaban de acuerdo con Hegel en que la verdadera filosofía y la verdadera historia eran lo mismo, Diferían de Hegel en su convicción de que tal realidad fundamental sólo podía ser entendida a través del estudio histórico, ya que era mucho más complejo, vitalista y matizado y permitía mucha mayor espontaneidad y atención a lo peculiar que la concepción panlogista del Universo de Hegel. Dicho brevemente, sólo la historia ofrecía respuestas a las preguntas fundamentales de la filosofía».

rechazo de esa historia «positivista», que, al evitar toda consideración teórica que pudiera macular la objetividad del científico, esterilizaba la propia investigación histórica, haciéndola equivaler a la producción de una serie de monografías plenas de detalles cuya significación en ningún momento se alcanzaba. Tal reacción ha sido saludabilísima para nuestra disciplina, por muchos motivos; pero no puede decirse que haya producido un modelo teórico nuevo. Más bien, ha vuelto a preguntarse por el estatuto epistemológico de la ciencia histórica, consciente de que una ciencia no se define por sus técnicas sino por su objeto; sin embargo, las respuestas que ha encontrado no son muy distintas a las lanzadas durante el siglo XIX. Cuando FEBVRE (más que ningún otro de los maestros de *Annales*) nos dice que la historia es la ciencia del hombre, del hombre en todas sus dimensiones, ¿no está adoptando la postura de los historicistas, que colocan a la historia en el lugar propio de la antropología filosófica? En el caso de la otra —y mucho más extendida— formulación que los viejos maestros de *Annales* hacen de nuestra disciplina— la historia, ciencia social, o mejor, reina de las ciencias sociales—, a ese componente historicista se añade otro de clara raigambre positivista (en el sentido más estricto de la palabra). Componente positivista que ha ido ganando fuerza a medida que la escuela de *Annales* se desarrollaba.

En efecto, un breve repaso a las ideas maestras del grupo lo manifiesta. ¿No está conectada con las viejas aspiraciones del positivismo «la determinación —como ha escrito H. TREVOR-ROPER refiriéndose a *Annales*— de reducir el área de incomprensión de lo humano a través de un riguroso análisis estadístico de todo lo que pueda ser así analizado, a través de la medición de todo lo mensurable»? Así, la filosofía profunda de *Annales* ha podido ser calificada por el mismo autor como un tipo de determinismo social limitado por el reconocimiento de una vitalidad humana independiente¹². Pero es el estudio de las determinaciones lo que más ha interesado: de ahí el que se conciba la historia como una ciencia social, destinada a explicar los comportamientos colectivos

12. Cfr. H. TREVOR-ROPER, «Fernand Braudel, the *Annales* and the Mediterranean», *Journal of Modern History*, XLIV (1972), pp. 469 y 471.

del hombre del pasado; de ahí el desarrollo de la cuantificación, y el abandono de aquellas parcelas o géneros históricos que no hacían posible la aplicación del análisis estructural. Y esa aspiración a una historia total —entendida como síntesis de todas las ciencias sociales—, ¿no recuerda también aquella otra tendencia positivista, en pro de la constitución de una ciencia unificada? En este punto, HENRI BERR y su *Revue de Synthèse* constituye el enlace entre la generación de positivistas posterior a COMTE y los fundadores de *Annales*¹³.

Puede afirmarse que es esa formulación de los hombres de la escuela francesa— la historia total, la historia global— la que más rápida y fácil acogida ha tenido en otros ámbitos historiográficos. Quizá haya sido por el verdadero estallido que nuestra disciplina ha experimentado en los últimos decenios. En el tiempo, en el espacio, en los sectores de estudio, la historia ha ido anexionándose cada día nuevos territorios, de manera que nada hay ya, desde la evolución del clima o del cuerpo humano hasta las más recónditas estructuras mentales, que no deba ser estudiado para todas las sociedades y en todas las épocas, desde la aparición de los primeros hombres hasta ayer mismo. Una cierta incapacidad de poner límites a la curiosidad del historiador, de privilegiar algún sector de la historia es, me parece, lo que ha hecho tan popular la idea de la historia total.

Es bien sabido, sin embargo, que, en la intención de los hombres de *Annales*, historia total no significaba sólo eso, sino mucho más: la historia total no puede ser —está claro— el agregado de múltiples historias sectoriales, sino la pretensión de entender la interrelación orgánica de los diversos componentes y planos de una sociedad en movimiento.

Pues bien, debo decir que, entendida así —y no hay duda de

13. Para la génesis y evolución de la 'escuela' de *Annales* pueden verse: T. STOIANOVICH, *French Historical Method: The Annales Paradigm*, Ithaca, 1976; J. J. REVEL, «Histoire et Sciences Sociales: les paradigmes des 'Annales'», *Annales E.S.C.*, XXXIV (1979), 1360-1377; y CH. O. CARBONELL et al., *Au berceau des 'Annales'*, Toulouse, 1982.

que así la entendían los hombres de *Annales*—, ningún historiador ha hecho hasta ahora historia total, y es muy difícil que alguna vez se pueda llegar a hacer. El mejor ejemplo lo suministra el propio BRAUDEL: en su obra maestra —en verdad una obra maestra—, *La Méditerranée...*, no se hace verdadera historia total, no sólo porque importantísimos aspectos de la realidad del XVI europeo (los culturales, los religiosos, por ejemplo) apenas son tenidos en cuenta, sino, sobre todo, porque no se consigue una verdadera interrelación entre las diversas partes del libro. El estudio político-diplomático que ocupa los capítulos finales apenas se diferencia de cualquier otra buena historia político-diplomática tradicional. Y es también muy significativa la posterior trayectoria intelectual de BRAUDEL. Desde 1945, fecha en que tenía prácticamente terminada su tesis, su interés se ha ido concentrando en uno de los sectores —y no el más complejo— de la vida del hombre, tal como ha mostrado en su segunda gran obra, la trilogía sobre la civilización material, la economía y el capitalismo¹⁴.

Quizá lo que ocurra es que es una ingenuidad querer encontrar una explicación sistemática y completa de la naturaleza y de la evolución del hombre en una sola ciencia, cuando ni la filosofía ni las diversas ciencias del hombre unidas pueden plantearse tal objetivo más que como un ideal que será siempre inalcanzable. Una ingenuidad, o un abuso: no deja de ser significativo que sean los marxistas los que hayan recogido el guante abandonado por los hombres de *Annales*.

Abandonado antes que nadie por ellos mismos, porque los deseos de hacer una historia científica les han llevado a parcelar la realidad histórica para poder estudiarla con los métodos de las correspondientes ciencias sociales. El progresivamente más estrecho

14. F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, 3 vols., París 1979. Un importante comentario reciente de la misma es el de D. RICHET, «La place de Fernand Braudel dans l'historiographie d'aujourd'hui», en E. LE ROY LADURIE et al., *L'histoire et ses méthodes* (Lille 1981), 41-50.

El mejor análisis crítico de *La Méditerranée...* de Braudel (tal como reconoció el propio Braudel en carta al autor) es el de J. H. HEXTER, «Fernand Braudel and the *Monde Braudellien...*», *Journal of Modern History*, XLIV (1972), 480-539; reeditado, con una breve explicación previa en la que se recoge la carta de Braudel, en *On Historians*, Cambridge, Mass., 1979.

contacto entre historia social y sociología, entre historia y teoría económica, entre historia política y politología, hace cada vez más altas las fronteras entre las especialidades que se ocupan de los diversos sectores históricos, y aleja cada vez más la perspectiva de una historia total científica. François FURET fue de los primeros en percibirlo: «La historia cuantitativa necesita de series de hechos homogéneos para poder trabajar con rigor; y aunque es verdad que es posible interpretar un subsistema o un sistema por la conjugación y comparación de diversas series, nos faltan hoy los elementos para un análisis de lo que podría llamarse el sistema de los sistemas»: la realidad global¹⁵. A la misma conclusión llega R. ARON: a falta de una teoría sobre la coordinación entre los diversos sectores (política, cultura, economía, etc.) que distinguimos en la realidad social, nos es imposible dar una explicación científica de la totalidad¹⁶.

Los anteriores análisis nos llevan a una primera conclusión —si bien negativa— en torno al objeto de nuestra disciplina. El objeto de la Historia *no* es el hombre; para ser más exactos, el hombre no constituye el objeto *formal* de la Historia. Del hombre se ocupan gran número de disciplinas; la historia, que es una más de ellas y no puede pretender reinar sobre las demás, se ocupa del hombre bajo un aspecto determinado. ¿Cuál es ese aspecto a cuyo través la Historia considera al hombre?

La ciencia histórica se ocupa primariamente —valga la perogrullada— de la dimensión *histórica* del hombre. La *historicidad* es, como con tanta finura ha hecho ver ZUBIRI¹⁷, uno de los

15. F. FURET, «L'Histoire quantitative et la construction du fait historique», *Annales E.S.C.*, XXVI (1971), 63-75; véase también, del mismo autor, *L'atelier de l'histoire*, París 1982, donde se recoge el citado artículo.

16. Cfr. R. ARON, «Postface», en P. DUMOULIN - D. MOISI, eds., *The historian between the ethnologist and the futurologist*, París-La Haya 1971. Que el acercamiento a las diversas ciencias sociales nos aleja en la práctica cada vez más de la idea de la historia global lo ha visto también, entre otros, Pierre LEON, «Histoire économique et histoire sociale en France. Problèmes et perspectives», en *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel* (Toulouse 1973), II, 303-315.

17. Cfr. X. ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid 1944. Más recientemente del mismo autor, «La dimensión histórica del ser humano», *Realitas*, I (1974), 11-69.

rasgos propios del modo de ser del hombre; a diferencia de los animales, la naturaleza humana no está programada como un sistema cerrado, de estímulo-respuesta, sino que es un sistema abierto, capaz de proyecto y de progreso, en la medida en que con su libertad se abre —o se cierra— constantemente nuevas posibilidades. No hay duda de que el animal vive en el tiempo, en el tiempo físico. El hombre, además, vive en un tiempo que llamamos histórico, y que se define por el conjunto de posibilidades de que en cada momento puede disponer un individuo, por obra de la capacidad de progreso —también de regresión— de la Humanidad.

Si el objeto material de la Historia lo constituyen todos los hechos humanos del pasado, su objeto formal es ese mismo conjunto de hechos en cuanto manifiesta una propiedad inherente a la naturaleza humana que llamamos precisamente «historicidad»; una propiedad por la cual puede producirse un fenómeno tan simple (y al mismo tiempo tan específicamente humano) como el siguiente: que, compartiendo todos la misma naturaleza, el hombre del año 1000 no tiene las mismas posibilidades ni puede por ello actuar del mismo modo que el del año 1500, ni éste como el hombre de 1900. La misión del historiador es precisamente la de captar la especificidad de cada generación respecto a las que le preceden y le siguen, y explicar tal especificidad en función del cuadro de posibilidades que «el pasado» ofrece a una generación, y de las elecciones que ésta hace entre ellas: esto es, precisamente, explicar el cambio.

Se me dirá quizá: de acuerdo con que nuestra disciplina se ocupa de la dimensión histórica del hombre; pero nada impide por ello que la consideremos una ciencia social. La Historia sería, precisamente, la ciencia social que tendría por objeto estudiar la dimensión histórica de las sociedades humanas; estudiar las sociedades humanas del pasado.

La objeción es muy respetable; mucho más, si se consideran los hombres y las escuelas que apoyan, en los mismos o parecidos términos que los anteriores, dicha formulación. Hablábamos antes de *Annales*. Pero si bien la influencia internacional de *Annales* es mayor que la de cualquier otra escuela histórica en la actualidad, un análisis de la historiografía contemporánea percibe otras mu-

chas corrientes intelectuales que apuntan en el mismo sentido. Georg IGGERS¹⁸ ha señalado con agudeza cuánto hay de común en todos los movimientos que conciben hoy la historia como una ciencia social, como la ciencia de las sociedades humanas del pasado: junto a *Annales*, los influyentes grupos marxistas francés, inglés y polaco, la Historia practicada por los «social scientists» americanos (que entronca directamente con el positivismo a través del conductismo), la moderna *Gesellschaftsgeschichte* alemana, representada entre otros por KOCKA y WEHLER...

No cabe duda de que se pueden y se deben estudiar históricamente los comportamientos colectivos de los hombres. Sin embargo, desde mi punto de vista, no es ésta la tarea nuclear de la historia. Y no lo creo porque, como ya he apuntado, el cambio histórico no se produce sino a través de las decisiones libres de personas humanas concretas. Cosas tales como «los modos de producción», «el Espíritu Absoluto» o «las leyes dialécticas» no hacen la Historia; la Historia la hacemos día a día, hombres de carne y hueso, individuos concretos con nombres y apellidos^{18 bis}.

No se puede entender el cambio histórico si no es a través de las acciones concretas de personas humanas concretas. Ahora bien, ninguna de esas acciones humanas se produce en el vacío, sino en un conjunto de circunstancias «dadas» que condicionan la libertad humana, que están de alguna manera presentes en sus decisiones. Y de ahí la gran complejidad de la misión del historiador, que busca entender el cambio sin olvidar nada de la múltiple e intrincada trama de lo humano.

Por eso, una visión de nuestra disciplina que pone su objeto en

18. Véase su *New Directions in European Historiography*, Middletown, Conn., 1975, y también G. G. IGGERS - H. T. PARKER, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary research and theory*, Londres 1980.

18 bis. En dos artículos recientes, el modernista de la Universidad de Cambridge Peter Burke contrastaba el «individualismo metodológico» británico con el «holismo» francés, y recordaba la insistencia de Sir Herbert Butterfield en que «there is no history of ideas, but only the history of men thinking», así como la expresión favorita del medievalista V. H. GALBRAITH, «History is just chaps». Cfr. P. BURKE, «Reflections on the Historical Revolution in France: The *Annales* School and British Social History», *Review*, I, 3/4 (Primavera-Verano 1978), p. 152; y «The History of Mentalities in Great Britain», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 93 (1980), p. 530.

la dimensión histórica de las acciones humanas, que son siempre acciones personales, no supone rechazar las más importantes aportaciones historiográficas del último siglo. Los análisis «estructurales» (permítaseme emplear, provisionalmente, términos tan poco precisos) sacan a la luz lo que algunos historiadores de *Annales* han llamado, con expresión igualmente imprecisa, lo «no-factual», es decir, el «contexto», el «ambiente», los «datos del problema»: todo aquello que un hombre tiene en cuenta y sopesa antes de tomar una decisión consciente y lo que influye sobre él sin apenas tener conciencia de ello. Lo que ocurre es que la Historia no se puede quedar en esos análisis estructurales que, en definitiva, no constituyen la parte más difícil (aunque sí quizá la más aparatosa) de nuestra tarea.

El prof. SECO lo expresa con acierto en un largo párrafo de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia que no me resisto a citar. Hablando de su maestro, don Jesús PABÓN, afirma¹⁹ que «encarnaba insuperablemente una escuela historiográfica que yo calificaría de *humanista* (...). Esta escuela *humanista* —sigue diciendo—, polo opuesto al llamado *materialismo histórico*, tendrá vigencia mientras el espíritu humano subsista. El problema no reside en su superación o no, sino en la dificultad para integrarse en ella, porque no bastan las técnicas cuantitativas, ni el manejo de computadoras y estadísticas —por muy útiles e interesantes que éstas sean— para la construcción de una historia 'íntegra' (tal como la concebía el propio Lucien FEBVRE). La 'menesterosidad' de una historiografía —la más reciente— que se empeña en no ver otro motor, en la evolución de la humanidad, que el choque de los intereses económicos, reside en su parcial concepción del hombre, en su olvido de los estímulos más profundos del espíritu humano. Por eso he afirmado en otro lugar —concluye el prof. SECO— que esa historiografía que se atiene sólo al común denominador del hombre-masa, es consecuencia de una limitación de la capacidad humanística del investigador, que hace, al reducir el campo de la historia-ciencia a los grandes alardes basados en las computadoras, 'de la necesidad, virtud'».

19. C. SECO SERRANO, *Perfil político y humano de un estadista de la Restauración: Eduardo Dato a través de su archivo*, Madrid 1978, pp. 13-14.

De las anteriores posiciones en torno al objeto de nuestra disciplina pueden deducirse una serie de corolarios sobre su carácter, su método, los problemas de la objetividad y de la explicación históricas, etc. Sólo aludiremos aquí, al término de esta comunicación, a la cuestión, planteada al inicio, del estatuto epistemológico de la historia.

La historia no es una ciencia al modo de las ciencias naturales, ni tampoco una ciencia social²⁰. Y no lo es, 1.º, porque no hay leyes *de* la historia, a partir de las cuales se deduzca el total despliegue de la evolución de la Humanidad; 2.º, porque, si bien se pueden encontrar leyes que actúan *en* la historia (las leyes de las ciencias naturales y las de las ciencias sociales), dichas leyes no lo pueden explicar todo. El historiador no puede dejar de entender la realidad pasada como entiende la realidad cotidiana; y en la realidad cotidiana se encuentran, junto a la necesidad, la acción de la libertad y el azar²¹.

Todo ello no quiere decir que la historia sea simplemente un arte, un género literario. La historia es una disciplina científica, y no sólo un género literario: 1.º, porque la reconstrucción del pasado exige la aplicación de unas reglas críticas rigurosas aceptables —y aceptadas— intersubjetivamente; 2.º, porque la comprensión de los acontecimientos no es inmediata, las sociedades humanas no son transparentes por sí mismas. A través del análisis y de la conceptualización —que pueden conjugarse perfectamente con la narración—, la historia va entendiendo, «explicitando» progresivamente los acontecimientos del pasado y el contexto en que se producen²².

20. Quizá fuera más exacto decir que no necesariamente lo es: porque, dada la pluralidad actual de nuestra ciencia y de las ciencias humanas y sociales en general, la pretensión de quienes limitan su interés al estudio de los comportamientos colectivos del hombre en el pasado parece perfectamente legítima, mientras se sea consciente de dicha limitación y se perciba como tal. Quizá la realidad actual de la historiografía estadounidense (a la que aludíamos al comienzo), con su neta pero amigable distinción entre «social scientists» y «humanists», prefigure lo que va a ocurrir en los próximos años en todo el mundo occidental.

21. Cfr. P. VEYNE, *Cómo se escribe la Historia. Ensayo de Epistemología*, Madrid 1972, Del mismo autor, *L'inventaire des différences*, Paris 1976.

22. Además de las obras ya citadas, véase el artículo de P. VEYNE, «L'his-

Otra precisión necesaria. Que la historia no sea primariamente una ciencia social no significa que el historiador pueda despreocuparse de los resultados obtenidos por las ciencias sociales. Aunque su interés primario sea entender los cambios que se producen en toda una generación, el historiador de la economía deberá hoy, si quiere contribuir verdaderamente a tal entendimiento, saber algo de teoría económica o trabajar en equipo con algún economista. Son indudables los beneficios de la interdisciplinariedad, hasta tal punto que el progreso de las ciencias humanas depende hoy en buena medida de que se consiga hacer operativo lo que todavía no pasa de ser un noble ideal o un tópico al uso. Ahora bien, una cosa es que sea muy conveniente una aproximación interdisciplinar a las realidades humanas— del pasado y del presente— y otra muy distinta que se quiera hacer de la historia una «disciplina interdisciplinar», lo que sería, al menos, una contradicción en los términos. En todo caso, parece que debe haber un cierto equilibrio entre el deseo y la conveniencia de conocer y aprovechar los métodos de otras ciencias y las exigencias de especialización que una investigación rigurosa impone; equilibrio que no será el resultado de ningún cálculo matemático, sino más bien de la prudencia y capacidad de cada investigador y de las características del tema en estudio.

En definitiva, y sin perjuicio de que, dentro de la plural historiografía de nuestro siglo, muchos historiadores privilegien de hecho el estudio de los comportamientos humanos colectivos en el pasado desde perspectivas científico-sociales, la Historia puede y debe seguir siendo entendida como una ciencia humanística que busca captar la dimensión histórica del hombre o, lo que es lo mismo, su capacidad de cambio, de progreso y de regresión. Cambio que sólo se puede entender a través del análisis y de la com-

toire conceptualisante», en J. LE GOFF-P. NORA, eds., *Faire de l'histoire* (Paris 1974), I, pp. 62-92. Entre los historiadores franceses actuales que se han formado en la tradición de *Annales* adopta posiciones similares F. Furet, con su insistencia en la absoluta necesidad de «pensar la Historia»: cfr. *L'atelier de l'histoire*, Paris 1982. En la misma línea está el norteamericano J. H. Hexter cuando sostiene que la explicación histórica sólo puede obtenerse por la conjugación de la narración y el análisis: cfr. «The Rhetoric of Historiography», en *Doing History*, Londres 1971.

prensión de la multitud inmensa de decisiones personales —decisiones tomadas libremente en una situación dada, en un contexto— de los hombres; y que exige, por tanto, una metodología y una forma de exposición adecuadas a dicho objeto, en las cuales la narración juega un papel clave, pues no en balde narrar es contar una historia, reconstruir la cadena de actos humanos que constituyen la historia²³. No es una casualidad que uno de los más importantes y polémicos artículos recientes sobre el estado actual de la Historia —el del modernista inglés afincado en U.S.A. Lawrence STONE— se titule «The Revival of Narrative»²⁴.



23. En los últimos años se han multiplicado los estudios sobre la narración histórica y sus posibilidades explicativas. A las obras de Veyne y Hexter ya citadas pueden añadirse las de L. BRAUDY, *Narrative Form in History and Fiction*, Princeton 1970; P. GAY, *Style in History*, Nueva York 1974; HAYDEN WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore-Londres 1975; M. de CERTEAU, *L'Écriture de l'Histoire*, Paris 1975; L. GOLDSTEIN, *Historical Knowing*, Austin-Londres 1976; M. MANDELBAUM, *The Anatomy of Historical Knowledge*, Baltimore-Londres 1977; R. CANARY - H. KOZICKI, eds., *The Writing of History: Literary Form and Historical Understanding*, Madison, Wisc., 1978.

24. L. STONE, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (nov. 1979), 3-24. El artículo, que dio lugar a una amplia polémica en los números siguientes de la revista, ha sido recogido, junto con otros trabajos del autor, en *The Past and the Present*, Londres 1981.